

MÚSICA EN LA VOZ POÉTICA DE PEPE HIERRO

MUSIC IN THE POETIC VOICE BY PEPE HIERRO

Enrique Téllez (ed.)

José Hierro (Madrid, 1922 – 2002), más conocido en medios literarios como *Pepe Hierro*, cultivó a lo largo de su producción poética un interesante acercamiento al mundo de la *Música*, fueran autores, formas musicales, homenajes o instrumentos.

Con motivo de la entrega del Premio Cervantes al poeta, en 1998, la Universidad de Alcalá en colaboración con el Fondo de Cultura Económica editó un volumen recopilatorio de temática musical de Pepe Hierro quien explicó, en una breve nota introductoria, el origen de esta antología sonora¹: fue, así lo indicó el autor, Manolo Romero quien decidió agrupar estas composiciones después de una lectura del poeta madrileño en Almería, en 1998.

Escribía Pepe Hierro en la nota introductoria:

Se trata de un tema recurrente en mi poesía (y no solo en la mía, claro), dado el parentesco entre la poesía y la música. Lo de que la poesía es música de la palabra y la música poesía sin palabras se había dicho miles de veces. Todas las artes se intercomunican, abren sus ventanas a las demás musas, aspiran –aspiración irrealizable– a ser solo una.

Yo las imagino, y me las represento visualmente, como los radios de un semicírculo que convergen en un punto. A un lado, las artes del espacio –arquitectura, escultura, pintura–; al otro, las del tiempo –poema en prosa, narración más o menos lírica, música–. La poesía está representada en el punto de equilibrio, uniendo ambos bandos –el de las artes espaciales y el de las temporales–, robándole las estructuras a la arquitectura, el volumen a la escultura, el color a la pintura, los elementos narrativos a la prosa y el ritmo a la música. Es la gran vampira que se alimenta de sangre ajena. O, dicho de manera menos dramáticamente aparatosa, la envidiosa, ladrona que no se conforma con sus limitaciones y aspira a ser todas las artes en una, en ella².

En su intervención en el Paraninfo de la UAH, en el acto de entrega del Premio Cervantes, se refirió el poeta en repetidas ocasiones a la *Música*, “música errante que debe ser encadenada en un pentagrama”. Pepe Hierro –errante– encadenó su voz poética en pliegos de papel que recuerdan a numerosos compositores (Victoria, Palestrina, Schubert, Brahms...). Reproducimos en todos sus movimientos el poema titulado “Sinfonietta a un hombre llamado Beethoven”³. ■

¹ Hierro, José, *Música*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá – Fondo de Cultura Económica, 1999.

² *Ibid.*, s.p.

³ *Ibid.*, pp. 67-76.

SINFONIETA A UN HOMBRE LLAMADO
BEETHOVEN

Allegro

EN Viena, un hombre sordo, un hombre
melancólico, solitario,
enamorado, soñador...
Un hombre ya viejo que había creído con toda su alma,
con todo el ardiente volcán de su vida
en Bonaparte, en las ideas
de la Revolución francesa... Un hombre
decepcionado... Un hombre, en Viena,
derivando a la muerte... Un hombre,
sencillamente...

Tuvo fe
en el Gran Goethe, en la Alegría,
en el Amor, en la Belleza,
en la Verdad, en la Amistad,
en todas aquellas esfinges que estaban barriendo de
[sobre la tierra
Dios sabe qué vientos, qué signos, qué rayos maléficos.

Cuando la boca de amapola,
cuando la mano primavera
lo besaba, lo acariciaba,
Schiller, hermoso y juvenil,
Schiller, montando su potro florido
le iluminaba el corazón.

Tuvo fe, lo sabéis, en el Júpiter fuerte y sereno de Weimar.
Tocó la mano de oro y mármol
de aquella hermosa estatua viva.
Una marea inesperada
deshizo el barro de los pies
de Zeus (fue que se apartó
del camino, que destocó
la cabeza de mediodía
cuando pasaba un aristócrata).

...Y lo mismo con la Alegría,
y con Julieta, y con Betina,
y con lo que era suyo. (Schiller
había muerto hacía tiempo.)

Adagio

Los astros despliegan sus órbitas
imposibles. Luego congelan
la luz esclava. Reina el hombre
en el centro del Universo.

Los rayos negros acarician
la calavera de la música.
Desde el silencio el hombre asciende
hasta su trono. El hombre pisa
los peldaños de paz. El hombre
da sus entrañas a los buitres
encadenados a lo mudo.

Desde el silencio talla el hombre,
en el granito de las aguas
infinitas, dioses efímeros.
Hojas y frutos caen del sueño
a la hoguera del mundo inmóvil.

Entre qué escamas de violines
otoñales, entre qué esferas
vertiginosas, sombras secas
de lo eterno, limo de siglos,
oro y piedra, helechos de púrpura
entre qué símas del espanto,
entre qué huesos de armonía,
entre qué apagamientos –dime–
forjabas metales que fueron
la carne misma del destino,
el eje en torno al que giraba
la pesadumbre de los héroes,
la columna que sostenía
tan misterioso apagamiento...

Por lo negro fuiste olvidando
las flautas de la primavera,
y te volvías Uno y Todo
sonora gruta del enigma,
centro de mágicos destellos,
más alto que truenos y dardos,
más hondo que penas y océanos.
Alcázar que fuiste arrancando,
diamante a diamante, a las horas.

Dueño y señor, ya reinas, Hombre,
en el centro del Universo.
Empuñas las riendas y sabes
detener su galope loco.
Ciñes corona de laureles
–César de imperio de ceniza–
y navegas sobre las lágrimas
que proclamaron que viviste.
Solitario en la noche, como
recién nacido o recién muerto.
Mármol sin tiempo, bronce y tronco,
carne inmortal de las estatuas.
Héroe en la noche, derribado
sobre lo helado de un escudo.

Largo

Muerto en la noche sobre lo helado del escudo.
Donde estuvo el principio era la soledad.
Un hombre viejo, sordo... En Viena... Un soñador
decepcionado... Un hombre, sencillamente... Era
la soledad...

A costa de cuánta pesadumbre
melancólicamente soportada; de cuánto
gozo obstinadamente desterrado; de días
y sombras, sepultados sin una sola lágrima,
forjaste cada pluma de tus alas, volaste
hasta alcanzar los páramos del principio (del fin).

Y sólo en el principio (en el fin) el secreto se ha desnudado.

Libre divinidad del bosque, criatura del agua, creadora del viento, señora de los rayos que perseguiste. Allí vivía. Allí faltaba su figura. Allí estuvo. Pero su reino no era el reino de los hombres. Su voz no modulaba para los hombres. Tiene su origen más allá del alma de los hombres.

Y en tus manos sus rayos mojados ya no eran. La luz que avidiciste para ceñir la frente de los hombres, no pudo atravesar el muro que separa lo eterno del tiempo. Es como luz soñada, luz de cauce imposible que muere al despertar. Y así iniciaste el descenso a la tierra. Y la tierra estaba solitaria. Y ya no había hombres, sino dioses frustrados y futuros. La nave fue botada a la mar. Y el mar ya no sería hasta mañana. Sombra sin lugar y sin día. Mar para ser surcada por sombras...

La palabra jamás interpretada, aún fresca del contacto celeste, fue traída por tí a la tierra. El vaho de la respiración, el palpitar oculto del corazón, las manos que pulieron la arista de la montaña, el pie que golpeó las rosas del mundo, deshicieron, arrebataron, fueron arruinando la voz

dorada, el oleaje del prodigio. La música regresó a sus colmenas. Marchita sonaría. Herrumbrosa y helada giraría. Y sus giros, vertiginosos cada suspiro, acelerados cada silencio, entraban en la inmovilidad.

Música que era suma del tiempo. Y no tenía fin ni principio. Acorde cristalizado. Vida en la que se acumulan instantes de oro y noche. Quintaesenciados zumos de que una gota guarda primaveras y otoños y estíos, nieblas, besos junto a todos los ríos. Lágrimas junto a todos los bosques. La madera del tiempo, despojada del tiempo. Grave música inalcanzable, en manos de Dios, que estaba libre del círculo del tiempo.

Scherzo

Llegas de pronto,
sombra poniente, sandalia de púrpura,
pórtico de oro.

Trompas te anuncian.
Cascos golpean tu carne que cruje
bajo la túnica.

Todo en mi mano.
Todo esperando que el canto del ave
baje a ordenarlo.

Son como dioses:
cuerpo de hierba y de lluvia. De fuego
sus corazones

¿Tú los llamabas?
¿Tú aprisionaste sus libres imágenes,
cárcel del agua?

Bebe de prisa
tanta hermosura que sangran las horas
locas de vida.

Llega de pronto.
Rompe y dispersa y extingue los mágicos
fuegos sonoros.

Pone mordazas
a la celeste armonía. Ya es todo
fría coraza.

Alma sin vida.
¿Llegas de nuevo, mi hermana de siempre,
melancolía?

Allegro final

Estaba a punto de alcanzar
el gran silencio. Acariciaba
el terciopelo de las olas,
los metales de la distancia.

Entornaba la medianoche
sus claros párpados de agua.

Y, de pronto, resucitáis.
Y, de pronto, asaltáis murallas,
devastáis con hacha y antorcha
sombras transidas de nostalgia.
Era todo maravilloso
hace un instante. Planeaba
por el espacio, sin más roce
que el de la estrella, sin más alas
que la negrura, sin más hora
que la hora eterna de las almas.
Y, de pronto, resucitáis.
Algo –¿fue un trueno, un mar?– estalla
desde el tiempo, desde los hombres,
desde el fuego que los abrasa.

Calor, tañido a medianoche,
en Viena... Un hombre, con la espalda
encorvada por muchos bronces,
de pesadumbre... En Viena... Ramas
y arpas acunan el ayer
que él acunara con sus lágrimas.
Estáis, aquí, los prodigiosos
olvidados... Sopláis las ascuas
del corazón con bocas vírgenes,
hombres, sombras, ondas, montañas;
estáis aquí. Seguí su estela
sobre el río que lo arrebató.

